



**Los sobrevivientes.
Sobre la producción literaria reciente de Esteban Prado**

Joaquín Correa¹

En una de las entregas del Kit de supervivencia poética, que la editorial Fortuna de Mar del Plata organizó durante la pandemia de COVID-19 y llamó *En conserva*, hay un poema de Esteban Prado:

“Be my quarantine?”

Una,
dos,
tres-

Cuando todo esto termine, la ropa tendrá
un color y algunas manchas de lavandina.
Pero no es excusa, por favor, sea precavido.
Hay que darle vida a las burbujas, a la tinta del limón,
a las anguilas que viven en la tónica.
Es importante una rodaja de pepino

¹ Joaquín Correa (Mal de Plata, 1987). Profesor y Licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata; Magister y Doctor en Literaturas por la Universidade Federal de Santa Catarina. Becario posdoctoral de la Fundação de Amparo à Pesquisa e Inovação do Estado de Santa Catarina (FAPESC), Edital 20/2024.

y un hilito al borde de la boca
 y un papel con la letra de Poppy
 que nos recuerde
 que no estamos presos,
 que queda algo para después,
 que acá estamos,
 que todavía elegimos.

Una,
 dos,
 tres-
 cientos cuarentenas (2020: 6).

Hay algo del orden de la cuarentena, del sentido profundo de la cuarentena, que es su justificación en la supervivencia para el tiempo después, para la vida en la post-historia, que el poema de Prado muestra, como también mostró en otros textos anteriores suyos: “que no estamos presos, / que queda algo para después, / que acá estamos, / que todavía elegimos”.

La supervivencia es, en cierto sentido, el fundamento de la trilogía que nos ha prometido Prado. De la primera parte, *Ana, la niña austral*, ya hablé aquí.² La segunda, *Ema, la partysana*, editada en 2018 por Letra Sudaca, se abre con una fotografía de un lugar en ruinas sobre el que está inscrito con tinta “La cura está en el mar” y con un relato en primera persona dirigido a otra, pero del futuro, esto es: una carta. Y después empieza el relato, también en primera persona, de Ema: los Partysanos, terroristas y amigos ciber-punk, sus estudios autodidactas, un tío que pone en funcionamiento la máquina de la memoria y algo que llega desde el mar y lo arrasa todo, vaciando la ciudad, sembrando muerte y anomia, el desastre de lo imprevisible. Ahí arranca una fuga hacia los límites de la ciudad que pocas cosas tiene en claro: “que han sobrevivido, sí, pero que los costos todavía se están calculando” (2018: 37). Bien sabe Ema que resistir es reinventarse, reinventarse es resistir.

En su sitio web, Prado publicó los manuscritos de *Duerme el puma*.³ Lo acompañaban el siguiente subtítulo y dedicatoria: Poemas reunidos de SJLW (1988-2002); “A la memoria de Sir John Lewis W, (1917-2002) / vino hasta el fin del mundo huyendo de lo salvaje”. Un poco después, la editorial Halley llevó la escritura caligráfica al texto impreso. En un lector de Héctor Libertella, ese gesto no puede

² <http://www.solotempestad.com/pradoxcorrea/>

³ <https://www.estebanprado.com/pages/galeria3.html>

pasar desapercibido. Esteban Prado, en ambas versiones, aparece nombrado como heredero. En la web, los escaneos de las páginas manuscritas cierran con una fotografía de una persona entrada en años caminando por un bosque en compañía de un perro negro. En la contraportada de la edición de Halley, podemos leer el siguiente derrotero:

En las mañanas de abril y mayo de 2018, luego de frescas caminatas con una niña de tres años, Esteban Prado volvía solo y rumiaba versos hasta llegar a casa, donde pasaba en papel lo que persistía. En esos meses, escribió una novela juvenil y este poemario senil.

Duerme el puma pasó por numerosas lecturas amigas, hasta que los papeles se fueron juntando sobre la mesa y en algún momento dejaron de pertenecerle: sólo los había heredado de un tío lejano y querido. Con él sostuvo unas pocas charlas que bastaron para torcer su camino. Se trataba del viejo John Lewis W, a quien sus sobrinos llamaban sir, por algunos modales british que nunca quiso abandonar. Y este libro, los apuntes que había juntado a lo largo de su larga vida. (2019).

Prado, entonces, se asume como el heredero de unos versos, de una memoria, dueño de una transcripción. Una transcripción que, por cierto, se muestra en ocasiones vacilante, tachando versos, en ocasiones segura, destacando pasajes, palabras. Una transcripción que quiere recuperar los pasos perdidos de otro sobreviviente, su ética de vida (“nunca hice el mismo camino / tantas veces. / Nunca seré el maestro de nadie” (2019: 19)), su aferrarse a las cosas del camino y su materialismo (una grosella que aparece y reaparece), su idea del arte, su dandismo detrás del polvo de lo salvaje de un mundo que no ofrece abrigo. Los poemas, al tiempo que señalan el derrotero del viaje, anotan máximas: “Nada de trascender / a través de la cría, / ellos son la única lupa / para vivir, / más o menos, / en pleno presente” (2019: 31); “Los caminos errados, / más importantes / cuanto más lejos los llevamos” (2019: 46). Será Prado, así, no quien haga trascender a Sir John Lewis W., sino quien lo traiga al presente, quien indague dónde está el último refugio, dónde duerme lo salvaje, dónde duerme el puma. Será Prado, con esto, quien encarne la otra vida y transcriba un conjunto de poemas del ocaso de alguien que quiso huir de lo salvaje para encontrarse con lo salvaje.

Esa huida transformadora y ese animal sagrado, el puma, también aparecen encarnados en la Abuela de *El bigote verdeamarillo, la abuela ermitaña y la niña entrometida*, que Esteban Prado publicó en 2019, ilustrado por el Sr. Corrales, en un fabulazine infantil, junción de dos *hechos*, como explica la contratapa: “Fábula. Relato hecho por animales” y “Fanzine. Publicación hecha con pocos medios y muchas ganas”. En el camino que traza el relato hay una transformación, un devenir dirían los teóricos bicéfalos franceses, que es, en realidad, un volver a ser, un volver a adoptar las pieles del pasado, una anagnórisis. Por fin, en uno de sus últimos textos,

Todavía no es pulpa, editado en 2023 por Oficina Perambulante, el acento en lo animal se privilegia, más allá de toda moda teórica reciente, esta vez desde la muerte, desde el recuerdo de la muerte de cada uno de los perros que tuvo en su vida o que recuerda, mejor dicho, haber tenido en su vida. Ese acento lo lleva a interrogarse por la relación del perro o animal doméstico con lo humano, la naturaleza del vínculo, sus obligaciones y derechos, sus libertades, por así decir. Y allí está esa arista de diferencia entre supervivencia y sobrevivencia: los animales no son sobrevivientes porque atraviesan ilesos trajines y peripecias en el transcurso de una vida, sino porque forman parte del ritmo de las personas con las que viven, aún después de muertos, como es el caso del movimiento de este relato o del ritmo de Matilda, “que sin animales alrededor no puede cantar” (2023: 12). La vida después de la vida, así, no se extiende de una secuencia a otra, ni de un plano a otro, sino que los atraviesa, desbaratando la cronología y con ella todo rastro de trascendencia que no se asiente en lo material inmediato.

Referencias bibliográficas

- Mr. Prado (2019). *El bigote verdeamarillo, la abuela ermitaña y la niña entrometida*. Ilustrado por Sr. Corrales. Mar del Plata: Mandril de Lata, 2019.
- Prado, Esteban (2018). *Ema, la partysana*. Mar del Plata: Letra Sudaca Ediciones.
- Prado, Esteban (2019). *Duerme el puma*. Buenos Aires: Halley Ediciones.
- Prado, Esteban (2020). “Be my quarantine?”. En Fortuna Ediciones (comp.). *En conserva. Kit de supervivencia poética n. 6*. Mar del Plata: Fortuna Ediciones. p. 6.
- Prado, Esteban (2023). *Todavía no es pulpa*. La Plata / Mar del Plata: Oficina Perambulante.